

de nuestra américa

Esquema de la situación argentina

CLODOMIRO ALMEYDA M.

Hasta no hace muchos años, el hombre de Plata y particularmente el argentino porteño, no se consideraba parte del complejo latinoamericano

El evidente predominio de la población de sangre europea en Buenos Aires y el Litoral, lo hacía sentirse diferente y superior a los pueblos mestizos y negroides del resto de nuestra América. La imponente riqueza proveniente de sus voluminosas exportaciones agropecuarias se derramaba a chorros sobre la vertiente atlántica del país y Buenos Aires crecía, se embellecía y progresaba hasta convertirse en una de las más importantes ciudades del globo. Allá por los años veinte, el monto de las exportaciones argentinas alcanzaba por sí solo a constituir el sesenta por ciento de las exportaciones de toda América Latina. Esta sola cifra basta para explicarse el optimismo argentino de la época y su afán de distinguirse de los empobrecidos pueblos hermanos que, a duras penas, se empinaban por sobre el retraso y la abulia colonial. Y alrededor de la gran urbe porteña se desarrollaba también la industria. La población bonaerense bastaba por sí sola para justificar la producción en el país de muchos artículos de manufactura liviana y para estimular el crecimiento de los servicios, el desenvolvimiento de las actividades culturales y el tipo de vida urbana que imperaba en los grandes centros de los Estados Unidos y Europa Occidental. Además, el litoral argentino está orientado geográficamente hacia Europa y esa disposición natural, unida a los lazos económicos, vinculaba estrechamente al rioplatense con el mundo transatlántico, alejándolo en espíritu, de la vida y los dolores de sus hermanos de América adentro.

A semejante prosperidad económica iba unida una relativa estabilidad política. Argentina parecía haber superado, aunque tarde, el desorden político que caracterizaba a la mayoría de los países del continente y el "irigoyenismo", pese a sus errores e inconsecuencias, parecía haber permeado a la vida

argentina de democracia y progresismo, proporcionándole al régimen mayor estabilidad y arraigo en las masas populares. La Revolución del año 30, en la que el Ejército, influido por las ideas nacionalistas y estimulado por la oligarquía, derribó a la inoperante segunda administración Irigoyen, se presentaba así como un retorno a la normalidad y al buen sentido, amenazados por la demagogia y la politiquería radical. Argentina aseguraba con ello su orden social y se disponía a proseguir su ininterrumpido camino de progreso y bienestar dentro de los cauces de una bien asentada organización burguesa-capitalista.

Tal era la imagen de la Argentina de los años treinta para la mayoría de sus nacionales y para la "opinión pública" del resto de América, conformada por la gran prensa, y las impresiones de los turistas, que volvían a nuestros países admirando el auge y el adelanto de la vecina República.

Luego sobreviene lo irracional e inexplicable para las mentes adocenadas del mundo oficial, —entendiendo por ello los espíritus alimentados por la ideología que fluye del orden establecido y que le sirve de fundamento, sean de derecha o se pretendan de izquierda—. Al aparentemente superfluo golpe militar del 4 de Junio de 1943 sucede la insurgencia peronista. Se subvierten todos los valores tradicionales y se trastornan todas las instituciones. Detrás de lo que muchos creyeron un simple episodio de intromisión castrense en la vida pública, se produce una profunda conmoción social. Y cuando se creyó que en 1955, después de diez años de "borrachera peronista", la Argentina volvía a los cauces tradicionales, la realidad demostró que el vecino país estaba lejos todavía de recuperar su equilibrio. La agitación social sobrevivió al peronismo y la crisis institucional se agudizó, incluso, una vez elegido constitucionalmente el nuevo mandatario. A la sorpresa de la irrecuperabilidad del orden institucional, el gobierno del Dr. Frondizzi, elegido por una combinación nacionalista de

izquierda, añade una nueva, con su insospechado vuelco político en ciento ochenta grados hacia la más extrema derecha, que siembra el desconcierto entre sus amigos y sus adversarios.

La vieja y aparentemente opulenta Argentina está definitivamente ida. La historia de los últimos años ha demostrado que detrás de su brillante fachada se escondía el mismo cuadro que en el resto de la América Morena; los mismos problemas y las mismas angustias que en toda esa inmensa "humanidad sumergida", como alguien ha dado en llamar a los pueblos semicoloniales y dependientes del planeta. La realidad ha demostrado que Argentina es parte de nuestro mundo, el de los pueblos pobres, explotados y postergados, y que su destino y trayectoria se confunde con el de sus hermanas de América Latina.

La prosperidad argentina de fines del pasado siglo y de principios del presente fue el producto del impulso generado por su fulminante inserción en el mundo capitalista como proveedora de carne y trigo a los mercados europeos, especialmente Inglaterra, quien la proveía, por su parte, de manufacturas, combustibles y capitales. En ese carácter, Argentina, no obstante su apariencia de nación poderosa y soberana, era tributaria como la que más del imperialismo inglés, aliado éste de la oligarquía vacuna, —su proveedora de carnes—, y dueño absoluto del comercio internacional, señor de sus finanzas bancarias y de sus medios de transporte e inspirador y modelo de sus clases tradicionales.

La crisis mundial de 1930, que puso término a los "buenos viejos tiempos" de los años veinte, puso en evidencia para Argentina, como en el resto de nuestra América, su carácter dependiente y colonial. La revolución de 1930, pese a su apariencia nacionalista, no significó otra cosa que una expresión de la toma de conciencia por las clases dirigentes argentinas de su papel subordinado al imperialismo inglés e inauguró un período, la llamada "década infame", en que la oligarquía argentina se resolvió a reajustar su política, para reacondicionarse como una pieza del sistema económico británico y mantenerse en el mercado mundial como proveedora de carnes a Inglaterra y compradora de manufacturas y combustibles. Es la época del famoso pacto "Roca-Runciman", modelo de convenio dictado por y en favor del imperialismo, por el cual Argentina asegura a Ingla-

terra su dominio económico del país a cambio de conservar en parte su cuota en el aprovisionamiento de carnes de la metrópoli imperial.

Mientras la oligarquía argentina reconoce cínica y realistamente su condición de "perla más preciada de la corona de Su Graciosa Majestad" y de que "en materia económica es una colonia, mal que le pese, de Inglaterra", la izquierda argentina, cosmopolita y desarraigada, intenta vanamente atraer a las masas hacia los "Soviets de obreros campesinos y soldados" por la vía comunista o hacia una política europeizante e intelectualista de tipo socialdemócrata, por la vía del socialismo. Siendo que el imperialismo británico era el real problema del país, nadie en la izquierda ponderaba su importancia. Y dióse el caso grotesco, —astucia de la historia diría Hegel—, que fuera la juventud dorada, a través del tortuoso camino de la imitación fascista, la que primero tomara conciencia, o más bien dicho pseudo-conciencia, de la condición colonial y dependiente del país.

Intérprete de un nacionalismo oligárquico y clerical, castrado e inconsecuente, el golpe militar de 1943 pudo muy bien ser otro cuartelazo más, intrascendente como muchos otros, si no fuera porque la necesidad de buscar apoyo popular para luchar contra los partidos tradicionales, le abrió oportunidad por vez primera para manifestarse social y políticamente al joven y pujante obrerismo argentino que, integrado ahora por gentes de proveniencia campesina, poblaba por centenares de miles los suburbios del nuevo Buenos Aires industrial. Ese joven e inexperto proletariado mestizo, los llamados despectivamente "cabecitas negras" por los oligarcas, irrumpió violentamente con el peronismo al

CLODOMIRO ALMEYDA MEDINA.— Abogado, profesor de la Universidad de Chile y periodista. De activa participación en los medios socialistas, donde ha contribuido notablemente a delinear los planteamientos políticos y culturales del socialismo.

escenario político, deviniendo de hecho en decisivo factor de poder, a través de un sindicalismo que, aún cuando dirigido y vertical, disciplinó a las masas y les dio conciencia de su valor y poderío.

La época del peronismo fue la etapa de las "vacas gordas" para la economía argentina. Las ingentes exportaciones de alimentos a los beligerantes durante la segunda guerra mundial, que no pudieron convertirse en importaciones a consecuencia del conflicto, acumularon a favor de Argentina saldos en monedas duras a su favor de miles de millones de dólares. Por otra parte, la dificultad para importar originada por la guerra y la post-guerra, dio un fuerte impulso a la industria liviana que se lanzó a producir artículos sustitutivos de las importaciones, que fueron ávidamente absorbidos por un mercado comprador sediento de mercaderías, alimentado por los derrames de la ingente riqueza acumulada durante la guerra y favorecido por los altos precios que alcanzaron las exportaciones argentinas en los años de los planes de reconstrucción post-bélica.

Hubo así riqueza que repartir. Entre los años 40 y 47 el poder adquisitivo del trabajador argentino se elevó en un 50% y esto, unido al reconocimiento de la personería nacional de su clase, a través de sus organismos sindicales, le valió al régimen peronista la simpatía y el afecto de los "descamisados" dentro de un clima político singular, en el que los ingredientes paternalistas, nacionalistas y demagógicos se mezclaban confusamente. La riqueza acumulada no solo sirvió para ofrecer "pan y circo". También con las libras bloqueadas se compraron y nacionalizaron los ferrocarriles, los frigoríficos y los teléfonos ingleses. Aparentemente Argentina conquistaba, —al decir de los justicialistas—, la soberanía política, la independiencia económica y la justicia social.

Pero tras los años de bonanza, llegaron "las vacas flacas". Se acabaron los saldos de moneda extranjera en el exterior, bajaron los precios de las materias primas exportables, y el enorme aparato de industria liviana levantado durante la guerra y la post guerra exigió combustibles, repuestos y transportes para continuar funcionando. La debilidad económica argentina quedaba al desnudo. El país dependía más que nunca de las importaciones, pero ahora no tenía cómo efectuarlas. Se había montado todo un artificioso edificio industrial sobre pies de barro: los

transportes, la energía, y la maquinaria no se producían en Argentina y había que adquirirlos con dólares y libras que cada vez costaba más conseguirlas, dado el curso desfavorable que asumían para el país los términos de intercambio. Por su parte, la baja de los precios de las materias primas comprimía ahora toda la economía nacional: no había utilidades que repartir y los reajustes de salarios con que el peronismo había acostumbrado a las masas, eran de inmediato seguidos por sucesivas alzas de los precios de los artículos de consumo. La inflación comenzaba a corroer a la economía del país y a sembrar la desconfianza alrededor del gobierno.

Durante los años de bonanza, para hacer diferencias a favor del Estado, el gobierno había congelado los precios con que adquiría a los agricultores los cereales y el ganado. Ahora que llegaba la escasez, la agricultura estaba descapitalizada y la renta agraria se había dirigido a invertirse en actividades más lucrativas. Y cuando le tocó a la agricultura argentina competir en el mercado internacional, se encontró con que sus altos costos derivados de su escasa productividad, no le permitían hacerlo favorablemente y sus saldos exportables habían disminuido considerablemente de volumen.

Todo conspiraba para estimular al proceso inflacionario. En 1955 el mejoramiento de la condición económica alcanzado por los trabajadores en los primeros años del peronismo, había prácticamente desaparecido. Pero ya el pueblo no toleraba que se descargara directamente sobre sus hombros el peso de la crisis, congelándose sus remuneraciones. A los reajustes, se sucedían las alzas de los precios. La inflación se aceleraba haciendo presente la debilidad orgánica y la dependencia de la economía argentina de los intereses foráneos.

No obstante estas circunstancias, Perón cayó, no tanto por haber perdido el apoyo popular, como por la fuerza de la coalición de sus adversarios que poco a poco se fue engrosando con nuevos y poderosos efectivos. A la pequeña burguesía, que siempre le fue hostil, se fueron añadiendo los sectores empresarios que se aprovecharon del proteccionismo en la época de bonanza y que después advirtieron la debilidad del aparato industrial creado por el régimen, los nacionalistas de derecha, que se le distanciaron por el carácter populista y demagógico de sus últimas

actuaciones, y los católicos, en fin, por su violenta ofensiva anticlerical de los últimos meses. Creyendo Perón que para mantener en movimiento a la industria liviana asfixiada por falta de energía e implementos, le era preciso recurrir al capital extranjero, y en especial a los americanos, viró en redondo hacia los Estados Unidos en busca de créditos y de inversiones para el petróleo. Pero con ello sólo consiguió debilitar su propia base política y ofrecer otro flanco de ataque a sus irreconciliables enemigos.

Carente ya el peronismo de capacidad de maniobra, debilitada la confianza popular en su política y desprovisto Perón mismo de las condiciones necesarias para dar a última hora un violento salto hacia la extrema izquierda, armando a las masas obreras que le eran aún afectas con audacia y decisión, no tuvo más remedio que capitular indecorosamente frente a unas Fuerzas Armadas que habían sido previamente ablandadas por sus adversarios y que escapaban a su control.

Triunfante la llamada Revolución Libertadora, los primeros depositarios del poder bajo el gobierno de Lonardi, fueron los elementos nacionalistas y clericales de derecha, con fuerte influencia en el ejército, que habían acompañado a Perón en sus primeros tiempos y que deseaban un "peronismo sin Perón", en el cual el sindicalismo organizado tuviera su participación en el gobierno, pero convenientemente adocenado y domesticado a la manera fascista. Su lema pacifista, "ni vencedores ni vencidos", no satisfizo a la oligarquía vacuna y proinglesa que quería retrotraer las cosas a los tiempos de la "década infame" y del "fraude patriótico", aplicándoles su merecido castigo a las turbas insurrectas y levantiscas sublevadas por el peronismo. Tanta generosidad tampoco dejó contentas a la llamada "izquierda liberal", de los viejos radicales, socialistas y demócratas progresistas, para quienes el peronismo había sido un "aluvión zoológico", que exigía imperativamente su erradicación integral como condición previa para el restablecimiento de la institucionalidad.

Fue sustituido así, merced a un golpe de Estado, el gobierno transaccionista de Lonardi por el binomio Aramburu-Rojas, que dio rienda suelta a los apetitos revanchistas y al odio antiobrero acumulado durante el régimen "depuesto". Lo curioso para el observador extranjero, —aunque no para el familiarizado con la naturaleza liberaloide de la iz-

quierda argentina—, es que el grueso de la opinión de "avanzada" comulgaba con el planteamiento extremista de los que entonces pasaron a llamarse "gorilas", para quienes el peronismo había sido una etapa totalmente negativa, cuyos restos y consecuencias había que expurgar inmisericordemente.

Sólo un sector del radicalismo intransigente que reconocía su inspiración en Moisés Lebensohn, prematuramente fallecido en aquella época, y en cuyas filas militaba Arturo Frondizi, no compartía tal punto de vista y estimaba irreversibles los acontecimientos sustantivos de la égida peronista: el ascenso del trabajo organizado al primer plano nacional, el impulso hacia la industrialización y la independencia económica, y el abandono de la estructura pastoril y dependiente de la economía argentina.

El gobierno provisional, imbuido en las ideas liberales y apoyado por los partidos tradicionales, se dio a la tarea de dismantelar el aparato de acción económica del Estado creado por Perón, de favorecer a la agricultura en detrimento de la industria, —con gran contento de los ingleses—, y de desperonizar el movimiento obrero interviniendo los sindicatos y manteniendo desde luego fuera de la ley a los partidarios del régimen caído.

En tales circunstancias, es fácilmente inteligible el reagrupamiento de fuerzas con que se dio la contienda presidencial de Febrero de 1958.

Por un lado se alinearon las fuerzas representativas de la vieja Argentina, para quienes el peronismo no había significado nada y que estimaban posible volver a los "antiguos tiempos viejos". Eran los voceros inconscientes y conscientes del coloniaje argentino, que añoraban la época del perfecto ensamble entre el agro argentino y la manufactura británica, sin sindicatos ni industrias protegidas, con partidos históricos y caudillos patricios, de mentalidad liberal y comprensiva, abiertos al progreso siempre que proviniese de Europa y que no lesionare sus intereses.

Por el otro lado se aglutinaron los elementos para quienes, como dejamos dicho, los años transcurridos desde 1943 eran irreversibles. Reconocen la existencia del movimiento obrero y la necesidad de integrarlo a la sociedad de algún modo, son industrialistas y enemigos del vasallaje frente a Inglaterra y quieren devolver sus derechos ciudadanos a los peronistas y a su proscripto partido. Polí-

ticamente, quienes así piensan son un sector de la intransigencia radical, el nacionalismo en sus diversas variantes, y los comunistas, que ven en esta combinación una imagen perfecta de su añorado Frente Democrático Nacional (en Argentina no lo denominan de Liberación Nacional, lo que no es un accidente) que reúne a la burguesía industrial y nativa y a la clase obrera en una alianza común. Las masas peronistas, impedidas de votar por sus propios candidatos, "optan" por el Dr. Frondizi, que encabeza la fórmula radical intransigente - nacionalista - comunista. Los socialistas, agriamente divididos por una querrela ideológica y generacional, oscilan entre ambas posiciones y para resolver el impasse presentan candidato propio.

Se da así el caso que la elección entre Balbin y Frondizi, más que una lucha entre izquierdas y derechas, fue una pugna entre la Vieja y la Nueva Argentina. Con Balbin estuvo el pasado ya ido y que quería anacrónicamente revivir, —la Argentina pastoril— y con Frondizi las fuerzas sociales surgidas con el industrialismo, divergentes y contradictorias, pero expresiones de un más evolucionado estadio social.

Vencedor Frondizi con el apoyo peronista, se dio a la tarea de disciplinar a las fuerzas que lo habían acompañado, para acometer con ellas la magna empresa de construir las bases auténticas de la independencia argentina, dotando al país de la industria pesada, de energía petrolera y carbonífera, de medios modernos de transportes, todo lo cual habría de emancipar al país de los lazos que lo vinculan y encadenan a la economía británica, convirtiéndolo genuinamente en una nación soberana y poderosa. Se intentaba realizar en profundidad y seriamente lo que Perón quiso hacer de manera improvisada y superficial con efectos contraproducentes: industrializar efectivamente al país comenzando por la base fundamental.

Pero, ¿cómo hacerlo? Frondizi tenía su solución, que ya se advertía entre líneas durante su campaña, pero que él cuidadosamente mantuvo oculta y reservada. El medio escogido y elegido por Frondizi para industrializar armónicamente al país, dotarlo de petróleo, carbón, siderurgia, química pesada, transportes y recursos financieros; el instrumento mágico que habría de hacer posible esta gigantesca tarea en un país exhausto de divisas, carente de crédito, con un presupuesto desfinanciado, una industria semipa-

ralizada y una agricultura en decadencia; la herramienta maravillosa para acometer y realizar tamaña empresa que el astuto mandatario retenía en secreto, era... el capital norteamericano, los dólares del gran vecino.

Estimulado por el éxito tenido al enhebrar la combinación electoral que le dio el triunfo, Frondizi en el poder se abocó a la tarea de "integrar" en la acción a los factores de poder en que deseaba fundamentar su política: al Ejército, fuerte agente en Argentina de poder económico y de voluntad "nacionalista"; al movimiento obrero, sindicalizado y combativo; a los empresarios, instrumentos básicos para la gestión y promoción económica. y a la Iglesia, a su juicio representativa de la tradición espiritual de la nación. Este haz de factores y fuerzas debían actuar coincidentemente dentro de un Estado de Derecho que permitiese resolver legalmente los naturales conflictos sociales. La coronación de este edificio, el objetivo de la construcción, debía ser la conquista de la independencia mediante la industrialización y el impulso energético que la haría posible, debía provenir de los capitales americanos a los que se suponía generosamente dispuestos a colaborar en la tarea de la recuperación argentina.

Lo difícil de la maniobra, era el hacer explícito este último supuesto tácito, que Frondizi se había cuidado de ponerlo en evidencia durante su campaña electoral, aún cuando era previsible para el observador sagaz. A fin de poder hacer menos doloroso el "amargo trago" del entendimiento con los yanquis, pieza decisiva de su plan, Frondizi concibió con sus asesores "integracionistas" comandados con Rogelio Frigerio, su verdadero inspirador, una vasta maniobra destinada a camuflar primero, y a ir descubriendo después, poco a poco, las auténticas intenciones entreguistas del gobierno.

Para ello se desencadenó, prosiguiendo la línea sostenida en la campaña electoral, una violenta propaganda oficial "anti-imperialista orientada en contra del imperialismo inglés y "antioligárquica" dirigida en contra de la oligarquía terrateniente. Cuidadosamente se dejaba al margen de la crítica al imperialismo yanqui y a la burguesía nacional, siendo así que durante los últimos años el poderío del imperialismo yanqui en la propia Argentina era superior con mucho al de la vieja y gastada Inglaterra, que se bate en el río de la Plata como en todo el mundo en completa retirada. Y sien-

do así que el poder político y económico de la vieja oligarquía se halla también a maltraer, después de los golpes que le propinó Perón, hasta el extremo que fue incapaz de "parar" un candidato presidencial y que sus partidos fueron barridos en todas las últimas elecciones. Era evidente que el nacionalismo antioligárquico y antiimperialista del "integracionismo" frondizista era sólo una cortina de humo para ocultar sus verdaderas intenciones y preparar paulatinamente a la opinión pública para que reconociera el papel progresivo y avanzado del capital yanqui y de la burguesía nacional, devenidos en instrumentos "antiimperialistas".

Paralelo a este diversionismo propagandístico, se debía contentar y mantener satisfechos a los factores de poder con que se contaba, y que debían neutralizarse. Al Ejército se le dio en holocausto a las más conspicuas figuras militares peronistas, a la Marina se le compró un portaaviones y a las Fuerzas Armadas en general se le mantuvo su privilegiada situación presupuestaria y su rol determinante en el proceso de promoción económica a través de su ingerencia en todos los planes de desarrollo industrial. A los sindicatos peronistas se quiso tranquilizarlos con la Ley de Asociaciones Profesionales que permitía el predominio absoluto de las mayorías peronistas en las directivas gremiales, y con un reajuste masivo de salarios, apenas se llegó al poder. A los empresarios se les habló de saneamiento económico, de estímulos a la producción, y se les concedió franquicias especiales, y a la Iglesia y al clericalismo se les dio campo libre en la enseñanza universitaria, tradicionalmente reservada en Argentina a las Universidades Nacionales. (estatales)

Para disimular el posterior advenimiento en gloria y majestad del capital americano, destinado a fecundar la potencial riqueza argentina, se envió a Europa Occidental y a la Unión Soviética a importantes misiones oficiales encargadas de conseguir préstamos y hacer compras, no olvidándose el detalle de incluir en ella a los más jacobinos políticos del partido oficial, a fin de que no interfirieran en la realización de los turbios planes gubernamentales.

Mientras tanto, la oposición "gorila" no estaba tranquila. Ella proclamaba en alto y ruidosamente lo que el gobierno quería hacer en forma vengonzante e, incluso, apoyándose en los ingleses, se daba el lujo hasta de condenar los propósitos oficiales de entregar el

petróleo a los americanos mediante el subterfugio de facultar a Yacimientos Petrolíferos Fiscales para contratar con las firmas imperialistas.

Pero tanto maquiavelismo no podía dar resultados. Frondizi no logró contentar a nadie y a la postre se enemistó con todos. Con la derecha tradicional y la izquierda liberal ya lo estaba desde que pactó con los peronistas.

Se enajenó la simpatía del movimiento sindical desde el momento en que tuvo que intentar una congelación de remuneraciones para combatir la inflación y crear un clima propicio a las inversiones foráneas. A la opinión laica la tuvo en su contra cuando se lanzó en favor de la enseñanza clerical, y a la opinión nacionalista independiente la defraudó con su política entreguista en materia de petróleo. Y la masa consumidora, se puso en su contra al comprobar que el alza del costo de la vida continuaba ascendiendo vertiginosamente, como consecuencia de los demagógicos reajustes concedidos por el propio gobierno al iniciar sus funciones, del déficit presupuestario, —ocasionado por la abultada burocracia, los gastos militares, las pérdidas de los organismos fiscales autónomos y empresas nacionalizadas,— del déficit del comercio exterior, de la escasez de artículos importados y de la disminución de la producción industrial provocada por el deficiente aprovisionamiento energético y de materias primas foráneas. Frondizi, por quedar bien con todos, no quedó bien con nadie. A fines del año pasado su base política se había debilitado a extremos que sólo contaba a su favor con el partido oficial, la UCRI, entidad débil orgánicamente y de estructura arcaica e ineficiente, y por lo demás, bastante recelosa con la sorpresiva orientación impresa al gobierno por el Presidente, como lo demostró el pintoresco episodio de la renuncia del Vicepresidente Alejandro Gómez.

Con el gobierno distanciado de las masas, que se estimaban traicionadas, hostilizado permanentemente por un combativo movimiento sindical, pese a los intentos oficiales de comprar y corromper a los dirigentes peronistas, y con el partidismo oficial desmoralizado y debilitado, se daban las circunstancias propicias para que las fuerzas de derecha, las que apoyaron y las que no apoyaron a Frondizi, impusieran sus condiciones al Gobierno para sacarlo del pantano a que él mismo se había encaminado.

Y entonces el Fondo Monetario Internacional y las fuerzas empresarias dijeron su palabra. Habrá ayuda, habrá préstamos y habrá inversiones, si el gobierno abandona su política "dirigista", sus "técnicos" planificadores, termina con los cambios diferenciales, liberaliza el comercio exterior, devuelve a sus propietarios algunas empresas nacionalizadas (DINIE), otorga garantía al capital extranjero ya invertido en Argentina (CADE), congela definitivamente las remuneraciones y repudia el sistema de congelación de precios. Y el gobierno tuvo que ceder: el 1º de Enero de 1958 Frondizi entregó la dirección económica Argentina al Fondo Monetario Internacional. El primer inmediato resultado de esta nueva fase en la derivación a la derecha de su política no se hizo esperar: una violenta alza de los precios con motivo de la supresión de los cambios preferenciales, seguida de una intensa agitación sindical.

El razonamiento de los sectores derechistas había sido bien sencillo: el gobierno no cuenta con el pueblo, luego tiene que afirmarse en nosotros para mantenerse y realizar sus propósitos. Además, esto es lo natural, una política liberal de derecha es lógico que sea llevada a la práctica por hombres de derecha. El gobierno ha fracasado en sus intentos de entenderse con los peronistas, luego debe desprenderse de sus colaboradores que simpatizan con esta tendencia. El movimiento sindical, algunos sectores peronistas y los comunistas han declarado la guerra al gobierno. Luego es obvio que el gobierno tiene que aceptar el reto y poner en la horma a los obreros y acabar con las huelgas, que amenazan con alejar a los inversionistas yanquis y perturbar los planes estabilizadores.

Y Frondizi volvió a ceder. Poco a poco se ha ido desprendiendo de sus antiguos y originarios colaboradores, los radicales intransigentes de izquierda, luego de los "integracionistas" con Frigerio a la cabeza, de los sospechosos de simpatías comunistas, etc. Y en su reemplazo, también, poco a poco, han ido entrando a la Casa Rosada los representantes del mundo de los gerentes, de las finanzas y del capital extranjero hasta culminar el proceso con la ascención a la dirección del equipo económico de gobierno del líder de las fuerzas empresarias, Alvaro Alsogaray.

Pero el proceso de "capitis diminutio" no estaba terminado. Había que expurgar también a las Fuerzas Armadas de los restos de

nacionalismo y de los elementos "blandos" con el peronismo. Vinieron las exigencias del Ejército primero y de la Marina después, y los sucesivos retrocesos del gobierno. Solo les queda ahora a las fuerzas de derecha una victoria por obtener: la renuncia de Frondizi. No lo han conseguido todavía, pero nadie puede asegurar que no sea este el término final y lógico de este progresivo proceso de capitulación.

Los acontecimientos anteriores que han sido sucintamente narrados, arrojan importantes lecciones para el movimiento popular latinoamericano y para los socialistas chilenos, en particular.

La primera y más importante es la siguiente. Frondizi y el equipo nacionalista e izquierdista con que inició su gobierno elaboró su plan industrialista destinado a liberar a la Argentina de las cadenas que la ataban al imperialismo, sobre la base de su cumplimiento en dos fases. La primera, de aparente retroceso, en que debía utilizarse al capital norteamericano como agente e instrumento de capitalización. La inversión y los préstamos yanquis debían poner en actividad a los recursos naturales del país hasta ahora inaprovechados. Para el efecto debía otorgarse un tratamiento atractivo y estimulante a este capital, reservándose el Estado los puestos de comando de la economía a fin de que pudiera después, durante la segunda fase, la de avance, reintegrar paulatinamente al país la riqueza que momentáneamente se entregaba al extranjero a fin de que la pusiera en explotación. Se trataba, en buenas cuentas, de "imitar" a Lenin, con su política de la NEP, sintetizada en sus expresiones, "un paso hacia atrás y dos hacia adelante". Lo que no tomaron en cuenta estos singulares seguidores de Lenin, es que la política de concesiones y retrocesos para avanzar más rápido después, sólo tiene vigencia y sentido, cuando quien retrocede lo hace sin perder el control del proceso; cuando este retroceso no lo debilita y le hace posible más adelante acelerar el ritmo del avance provisoriamente suspendido. Los flamantes teóricos del frondizismo cayeron en el monumental error de creer que el Sr. Frondizi era más poderoso que el imperialismo yanqui y que podía aprovecharse de éste en su beneficio. Lo que ha ocurrido es precisamente lo contrario. El imperialismo yanqui se ha aprovechado de Frondizi en su propio beneficio. Y era natural que así ocurriera. El más fuerte,

tenía que terminar, a la postre, aprovechándose del más débil.

Y esto, además, por una razón que es conveniente poner en evidencia. Es imposible pretender reducir y limitar la incidencia y la influencia del capital extranjero, —y con mayor razón tratándose del norteamericano en América Latina hoy en día—, a su puro rol de agente promotor de la producción. Si para atraer a ese capital es menester liberar de controles al sistema económico, abandonar por parte del Estado los puestos de comando para dejarlos en manos de los intereses privados, reducir el ámbito de la economía pública, “dar confianza” al inversionista extranjero, el efecto de esta política será necesariamente debilitar al Estado nacional y fortalecer a las fuerzas sociales conservadoras. Si además, con el mismo objeto se ha de reprimir al movimiento obrero, cortar las alas a las organizaciones sindicales y poner en cuarentena a los partidos marxistas, lo que se conseguirá es debilitar a las únicas fuerzas sociales internas que pudieran eventualmente servir de apoyo para una ulterior política nacionalista y antiimperialista.

En resumen, para poder realizar la primera fase del proceso, aquella consistente en el aprovechamiento del capital americano, se ha debido fortalecer en tal forma a la derecha y debilitar de tal manera al movimiento popular, que se ha hecho imposible el cumplimiento de la segunda etapa. La derecha ha quedado dueña absoluta del campo de operaciones, y Frondizi ha devenido en prisionero de las fuerzas sociales y económicas que él quería utilizar en su provecho.

Para poder pactar con el adversario, hay que ser más fuerte y poderoso que él. De otra manera el pacto y el compromiso deviene en renuncio y retroceso definitivo. Y los “dos pasos hacia adelante” quedan en el terreno de las buenas intenciones, de las que se dice que está empedrado el infierno.

La segunda lección que se desprende de los sucesos argentinos apunta a la urgencia y necesidad de contar con un gran partido obrero de masas, nacional revolucionario, como instrumento destinado a resolver en favor del pueblo a través de la instauración de un régimen económico social orientado hacia el socialismo, la crisis de crecimiento que subyace en el fondo de los trastornos políticos del vecino país.

En efecto, ya insistimos en que pese a sus apariencias, la Argentina no ha dejado de

ser, en sustancia, un país semicolonial y dependiente, tributario como toda América Latina del imperialismo extranjero. Sobre el esquema básico de un país agrícola-pastoril, proveedor de alimentos a los centros imperiales del capitalismo y consumidor de manufacturas y combustibles importados de aquellos, la Argentina ha visto desenvolverse desde los años de la primera guerra mundial, que coinciden con el acceso del radicalismo irigoyenista al gobierno, un doble y paralelo proceso socio-económico. Por una parte se ha desarrollado paulatinamente, en la medida que se ampliaba el mercado interno y se acumulaban excedentes económicos de resultados de su balanza de pagos positiva—, una industrialización o, más bien dicho, una pseudo industrialización de tipo liviano destinada básicamente a satisfacer las necesidades de las minorías ricas y de la siempre creciente clase media nacional. Paralelo a este desenvolvimiento industrial se desarrolla también una clase obrera cada vez más combativa y poderosa, que durante el período peronista, adquiere conciencia de su importancia nacional e interviene como factor decisivo en la correlación de fuerzas sociales, aspirando a siempre nuevas y más profundas reivindicaciones.

Pero este doble proceso no altera la sustancia de la estructura económica argentina. Esta continúa siendo un apéndice del mundo capitalista carente de una auténtica independencia económica. Por el contrario, su dependencia se acentúa como consecuencia del desenvolvimiento de la industria liviana: para mantenerla en producción y con mayor razón para expandirla, el país necesita siempre mayores contingentes de maquinarias, combustibles y transportes que su comercio internacional no le puede proveer, máxime cuando se produce un descenso de los precios de sus artículos de exportación y un deterioro sensible de los términos de intercambio, como ha ocurrido desde hace diez años a la fecha. La industrialización y el despertar del proletariado aumentan por su parte considerablemente el ingreso nacional y la propensión a importar. Se amplía la demanda sin que haya un consecuente incremento de la oferta, limitada por la congelada capacidad de exportación.

Esta crisis del comercio exterior, —que se visualiza claramente si pensamos que el volumen de exportaciones argentinas apenas dobla al de Chile, siendo que su población es

tres veces superior, con un ingreso per cápita también superior al nuestro,— y que se traduce en un endeudamiento nacional de más de dos mil millones de dólares, ha predispuerto al país a un acelerado proceso inflacionista, que comenzó a insinuarse precisamente cuando a mediados del gobierno peronista se presentaron los primeros déficits notables en la balanza de pagos.

El estagnamiento en el desarrollo industrial, la disminución de las importaciones y la consiguiente baja relativa de la oferta, que es la consecuencia necesaria de esta crisis, preparó el escenario para que los trabajadores y los empresarios lucharan denodadamente entre sí por hacer recaer sobre el otro sector los efectos de la crisis. Y por la vía de las alzas de salarios y de las alzas de precios se insinúa y propaga, alimenta y acelera el proceso inflacionista.

Sabido son los efectos desintegradores en el cuerpo social que genera una inflación más o menos intensa. La guerra económica entre las clases bien puede devenir en guerra política y en conmociones sociales. Cuando un país está dotado de un fuerte y estable armazón institucional, como Chile, por ejemplo, el “peso de la noche” de la institucionalidad vigente, preserva y defiende por sí sola el orden social. Pero, cuando como en Argentina, esa institucionalidad está en crisis como resultado del terremoto peronista y del revanchismo “gorila”, crisis manifiesta por la indisciplina social y la ausencia de un orden jurídico estable, se crean condiciones singularmente favorables para que la clase obrera pueda decidir en su favor las pugnas sociales mediante la instauración de un régimen acorde con sus intereses y orientado hacia el socialismo.

En Argentina, pese a esa crisis institucional y pese a la fuerza y combatividad del movimiento obrero y al elevado nivel de conciencia ideológica de sus cuadros dirigentes, la clase obrera no ha podido aprovechar las excepcionales circunstancias que hacen viable una audaz experiencia revolucionaria de trascendencia sin par en el continente.

Y la causa de esta anomalía, reside en que la clase obrera argentina no ha logrado construir un partido o un instrumento de lucha que la unifique y dirija en sus luchas sociales y políticas. Las querellas entre peronistas, socialistas y comunistas y las pugnas intestinas entre los primeros, ampliamente mayoritarios, han resentido y obstaculizado la unificación política y sindical de la clase obrera, limitando sus potencialidades revolucionarias. Esto señala una significativa diferencia con Chile, donde el movimiento obrero es más débil y el nivel de conciencia teórico general mucho más embrionario, — pero donde el Frente de Acción Popular, constituido en comando único de trabajadores, estuvo a punto de lograr, incluso por vías electorales, la toma del poder.

Felizmente la crisis argentina está todavía en pleno desarrollo. El viaje hacia la extrema derecha por parte del gobierno no puede prolongarse mucho tiempo por la resistencia combativa que los trabajadores argentinos le están ya oponiendo y que seguramente intensificarán en los próximos meses. Y es de esperar que estas nuevas luchas han de acelerar el proceso de unificación sindical y de entendimiento político que ya se vislumbra en el campo obrero argentino como resultado de las experiencias adquiridas en sus valiosas y heroicas luchas.

★ ★ ★